

A PESAR DE SUS OJOS
Antología poética
(1969-1999)

Javier Egea

A PESAR DE SUS OJOS
Antología poética
(1969-1999)

Selección y prólogo de Jairo García Jaramillo


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, marzo 2016

© De los herederos de Javier Egea, 2016

© Esdrújula Ediciones, 2016

© Jairo García Jaramillo, por el prólogo

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: PerroRaro

<http://www.perroraro.es/>

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 248-2016

ISBN: 978-84-16485-47-5

Impreso en España · Printed in Spain

Para leer a Javier Egea
Prólogo de Jairo García Jaramillo

JAVIER EGEA REVISITADO

Han pasado más de quince años desde la desaparición del poeta granadino Javier Egea (1952-1999) y su obra empieza a recuperar por fin el lugar privilegiado que merece dentro de la poesía española contemporánea, gracias a que lectores de distintas generaciones descubren o redescubren, ya con cierta perspectiva, la coherencia de su voz poética única, la tragedia íntima que traspasó su universo personal, la vigencia de su lúcido compromiso vital y literario contra el poder y contra la explotación y, en definitiva, el cobijo que su poesía ofrece frente a la tormenta, frente a todas las tormentas. Si lectores nunca le faltaron, estudios monográficos sobre su obra, tesis doctorales en universidades españolas y extranjeras, congresos, recitales y homenajes, la reedición de sus poemarios —incluido uno en Cuba— y, sobre todo, la exquisita y meticulosa edición de sus obras completas, que incluye cartas, entrevistas y prosas sueltas, han ido poniendo las cosas en su sitio en los últimos años.

Y aún hay más: en febrero de 2014 la televisión autonómica andaluza estrenó *Javier Egea, la soledad de un poeta*,

un minucioso documental dirigido por Luis Álvarez Aparicio que contó con la participación de los más cercanos familiares, amigos y conocidos del poeta, así como investigadores y jóvenes escritores marcados por su influencia; se trabaja en la necesaria edición digital de sus obras poéticas, acorde al signo de los tiempos, que alcanza ya sus dos primeros poemarios, y se espera la publicación de la antología *Soledades*, que él mismo dejó lista para la imprenta antes de morir, muy diferente, anticipamos, de esta que el lector tiene en las manos. Incluso su recuerdo ha llegado al terreno de la ficción, desde la novela *Un hombre suave* (2000) de Álvaro Salvador hasta la más reciente *La conjura de los poetas* (2010) de Felipe Alcaraz, quien últimamente le ha dedicado también, por cierto, una meritoria *Elegía a Javier Egea* (2015).

Una vez superado el trauma colectivo de su muerte en el campo cultural de la ciudad, que a muchos costó entender y asumir quizá por tratarse —lo apuntaba Gregorio Morán (2009)— de un gesto último sin duda incómodo y hasta desafiante, parece que por fin van quedando atrás de una vez por todas las interminables polémicas suscitadas sobre su suicidio y su legado, aquella interminable retahíla de dimes y diretes con los que se corría el riesgo de enterrar la trascendencia de su obra en un cenagal de zafiedad provinciana, disputas que afortunadamente ya solo interesan a los «archiveros de minucias», por decirlo con la feliz expresión que acuñara Guillermo de Torre (1969: 166). Por suerte, insistimos, su figura crece y la verdadera dimensión de su obra, puesta en limpio al fin para ser revisitada como se merece, despierta el interés allá por

donde pisa: buenas noticias para los que nos reconocemos en ella, en cualquier lugar. Restituir es precisamente lo que hace la justicia, también la poética.

Justicia poética porque, como el lector sabrá a estas alturas, su obra vino sufriendo durante años un incomprendible y vergonzoso silenciamiento historiográfico y bibliográfico que acabó arrinconándola en un discreto segundo plano de la escena literaria contemporánea, tal y como explicaba Manuel Rico al frente del primer volumen de sus obras completas:

¿Un simple olvido? ¿Falta de rigor en el análisis del período? ¿Un silencio premeditado? ¿Desconocimiento del nivel de calidad de la obra del poeta? Son muchas las preguntas que tal situación sugiere y cualquier intento de respuesta a cada una de ellas entraría en el terreno de la justificación o de la excusa y, por tanto, de lo inverosímil. [...] Cualquier respuesta que intentáramos aventurar a las preguntas antes citadas que no fuera la marginación (por activa o por pasiva) carecería de toda credibilidad. ¿Quiero decir con ello que hubo una conspiración de silencio o un interés especial en relegarlo? No puedo afirmarlo, pero sí he de subrayar que ese silencio, unido a su ausencia en todas las antologías generacionales de ámbito estatal —no menos de treinta— que se editaron a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa [...] es una inexplicable anomalía histórica que ha extendido una sombra sobre su figura humana y literaria, reforzando, a la vez, su condición de raro y heterodoxo... (Rico, 2011: 8-9)

Tales reflexiones recogen, en realidad, algo que veníamos defendiendo muchos de sus lectores y estudiosos desde hace años (Chicharro, 2002: 317), independientemente de cuándo empezáramos a leerlo o de qué deslucidas ediciones (a veces simples fotocopias) nos hubiéramos tenido que valer hasta ahora para ello: que Javier Egea es indudablemente un autor mayor de la literatura española contemporánea cuya figura ha sido injustamente ignorada, y que su obra, que solo tuvo un breve destello de reconocimiento en la década de los ochenta, merece un lugar de honor en el canon literario patrio no solo entre los miembros de su generación, sino por encima de la mayor parte de ellos, algunos bastante más reconocidos y laureados. Precisamente su figura invita, en todos los sentidos, a replantearse ciertas cuestiones cruciales que lanzaba hace algún tiempo Jenaro Talens en torno al concepto de *canon literario*:

Qué autores estudiar, cómo abordarlos y en torno a qué principios explicativos, son cuestiones que la presencia indiscutida del canon deja de lado por innecesarias. No planteárselas, sin embargo, supone admitir la distorsión ideológica que sirve a aquél de base y fundamento epistemológico [...] En efecto, el canon es algo más que una forma de catalogar y clasificar la Historia: fundamentalmente consiste en un modo de enfrentarse a la realidad y, por ende, de escribir (esto es, de rehacer) la Historia. (Talens, 1994: 138)

A este respecto, Walter Benjamin dejó escrito que es necesario de vez en cuando «pasar el cepillo a la Historia a contrapelo» y rescatar las voces de quienes precisamente sirven de antídoto contra el conformismo que los ningunea: «Tampoco —afirmaba Benjamin— los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence» (Benjamin, 1973: 80). Y el lugar de Javier Egea está evidentemente ahí, en la lista de escritores incómodos e inclasificables que retan al buen lector y se resisten a ser encasillados, refrenados, oficializados, estandarizados, a ser su palabra reducida a la mera perpetuación de lo mismo, pues no hay, a buen seguro, enemigo mayor que ese referido conformismo que tiende a engullir o disolver los discursos disonantes en el *statu quo* general.

La paradójica situación crítica en que fue quedando postrado el poeta granadino en las dos últimas décadas es digna de un análisis detenido —si bien no es este el lugar—, puesto que si por un lado su obra siempre recibió elogios sinceros por su valor excepcional y se granjeaba el respeto de cuantos lectores se acercaban a ella, nunca su producción concentró la atención de la crítica dominante, si exceptuamos unos pocos casos puntuales y un sinfín de comentarios y reseñas al paso, donde apenas su nombre y algún título es referido, aunque en demasiadas ocasiones esto no llegaba ni siquiera a suceder. Condenada al silencio por muchos factores (entre los que yo incluiría, por supuesto, desde el desánimo personal hasta el apagón editorial que lo separó paulatinamente de las librerías a partir de 1990), su obra fue antes *reconocida* que *conocida*, mientras al mismo tiempo los estudios y ediciones de otros

poetas de su generación, a lo largo y ancho del país, crecían pavorosamente hasta casi la sobrecodificación, instalándose además algunos de ellos en el centro del mercado literario, del mundo académico y del fragor institucional.

No olvidemos que para muchos —sería irresponsable tratar de ocultarlo— resulta evidente que en gran medida el poeta granadino «pagó con su vida negarse a ello, a este tráfico vergonzante por medrar», como ha escrito por ejemplo hace poco Antonio Enrique (2012: 402), celebrando a partes iguales la grandeza de su literatura y su nítido perfil *heterodoxo*, y dejando claro, de paso, que la memoria de un poeta no es propiedad exclusiva de nadie. Por mi parte, sin entrar a juzgar el acierto o desacierto de este modo de leer los hechos, pero consciente de que, como afirmó Joan Ferraté, «la probidad del crítico es en último término compañera de la probidad del poeta» (1968: 107), es forzoso reconocer que sorprenden en Egea ciertos gestos de coherencia verdaderamente insólitos, por ejemplo el hecho de que en una carta de 1987 conservada en su archivo, ofrezca al responsable de la importante editorial madrileña Hiperión, el poeta y traductor Jesús Munárriz, la publicación de su último poemario, *Raro de luna*, con la advertencia de que se lo enviará «sin otro aval que el de sus propios versos» (Egea, 2007: XLV-XLVI). Y eso en mitad de lo que algunos llaman ya los años del *pelotazo* poético.

En todo caso, no se trata obviamente de buscar culpables ni alimentar rencores, sino de señalar con todo el rigor posible su coherencia personal y la anomalía de seguir ignorando su obra, y en este sentido habré de advertir tan solo, para no extenderme más en tales asuntos, que muchos

de los pocos juicios críticos que se han vertido a lo largo de las tres últimas décadas sobre su poesía invitan más bien a reducirla, bajo inocente apariencia lisonjera, al exclusivo «dominio técnico» de la versificación o a la firmeza de su «compromiso ortodoxo izquierdista», o incluso ambas cosas a la vez, cercenando de esta manera el verdadero y complejo valor de su escritura, que va mucho más lejos.

Así, aunque algunos críticos han sido capaces de reconocerlo como «uno de los más habilidosos» del grupo La Otra Sentimentalidad (Mainer, 1994: 166) o incluso «el *miglior fabbro* de ellos» (Mora, 2006: 81), afirmaciones estas, por cierto, separadas por doce años y espigadas de un panorama que se prodiga en repetir con frecuencia el mismo encasillamiento, resulta paradójico que ninguno de ellos se haya animado jamás a prestar más atención a la obra de tan supuesto exquisito artífice. Y lo más triste es que mientras esto sucedía, en algunas anotaciones conservadas en sus diarios aún inéditos, el poeta llegaba a preguntarse en vida, a demanda de Ángel González, que le pedía por carta referencias para escribirle un prólogo, si existía alguna crítica sobre su obra: «¿La hay?», reflexionaba el propio Egea (Alcántara, 2010: 92). En este sentido, según decíamos, las cosas sí que empezaron a cambiar tras su muerte.

Solía decir Pierre Bourdieu que al hablar de los autores a menudo los fetichizamos porque subestimamos su *esfuerzo de pensar* (Bourdieu, 2005: 12), en este caso de pensar *poéticamente*, pero quizás es que en muchas ocasiones la crítica no está a su altura. No todo el mundo está en condiciones ni desea comprender y asumir la escritura

disonante de Javier Egea: por ejemplo, desde las páginas de un diario de primer nivel el reconocido crítico Ángel L. Prieto de Paula, condescendiente con la publicación de la poesía completa del granadino, a la que estaba dispuesto a conceder una nueva oportunidad, hacía amago de ridiculizarla con varios comentarios despectivos bastante poco originales, que empezaban por asegurar que «algunos incondicionales» lo han convertido «en un ariete contra los *supervivientes fraudulentos*», y que «su adscripción ideológica, y el voluntarismo de sus exégetas» han pretendido convertir su poesía en «una síntesis de Góngora y Marx, culmen de ese estupendo oxímoron que es la poesía materialista» (Prieto de Paula, 2011), aseveraciones que dejan al descubierto, precisamente, la invisible línea de fuerza que ha ignorado siempre la obra de Javier Egea al construir la historia literaria, ese voluntarismo de otro signo empeñado en negarle la palabra.

A pesar de sus ojos
Antología poética
(1969-1999)

SERENA LUZ DEL VIENTO

*Así como la noche circula en mi contorno,
entre espirales suaves coronó tu cintura
y hacia el cálido gozo de tu boca madura
con amorosos giros en mi vuelo me adorno.*

*Y qué feliz carrera sentirme en el retorno
de los ojos amantes y la sonrisa pura;
verte blanca de cisnes, alzarme a tu figura
y bajar a tu centro como al fondo de un horno.*

*Y es que siempre me prendes un fuego largo y vivo,
un rojo torbellino de labios y de besos
crepitando en la cumbre dorada de tu boca.*

*Que no puede la sombra lanzar su gesto esquivo
cuando nos llena el viento de llama hasta los huesos
y es el amor vigía de la más alta roca.*

Subiendo por tu cuerpo

Subiendo por tu cuerpo la senda del costado
me llego hasta tus senos donde apasiono el vuelo,
lanzo el ancla a tus labios, me enredo por tu pelo
y vienen, van los besos, en un vaivén callado.

Con qué pasión se vence tu cuerpo enamorado
cuando grito mis versos, te beso y me consuelo;
con qué pasión de amor, con qué dulce desvelo
pasas las lentas noches quemándote a mi lado.

Y cuando llego al punto más cálido, en el lecho,
me desbordo de versos, de besos, trecho a trecho,
y hago brotar el canto más bello y más alado.

Para tu boca tengo los labios más amantes,
para tus labios tengo los besos más quemantes,
para tus besos tengo mi verso enamorado.

Embriaguez

Y tuvimos el gesto de ponernos al viento
y alzarnos a la vida por la viña sencilla
con rumbo de sonrisas trazado en la mejilla
hacia el vino que ofrece su puro y fresco aliento.

Embriagados al cabo, saciados en un lento
repetir de la copa, una brisa amarilla,
roja quizás, o verde, o azul, nos acribilla
y nos enreda y vela la luz del pensamiento.

Pero aún quedan las altas tabernas del ensueño,
enamorado cauces donde se mece el vino
y corre por los labios y los besa y arropa,

donde rebosa el borde del vaso más pequeño
y es la embriaguez la vida y es la viña el destino
y es la vida una eterna, repleta, dulce copa.

A BOCA DE PARIR

Hacia otro mar

Es ahora el principio.
Cuando las palabras cruzan el pez,
cuando mi frente rompe
hacia otra lucha nueva
un nuevo leningrado de palabras.

No cañones de proa ni las anclas de niebla
sino velas de altura.

Libertad
mientras toco el vientre del mar.

Yo no fui en la batalla el vencedor:
perdí la flor pero gané la espina.

Es ahora el principio.

Y si perdí la flor
hay un rosal en cueros
que me gira sus brazos
para que yo me sangre en las palabras,
para que yo me agrupe,
para que yo responda.